

empleo de la dinamita para volar naves; en 1910 nueva huelga de los inscritos de Marsella, etc.

Una tan manifiesta debilidad de nuestros gobernantes no puede durar siempre. Cuando la anarquía aumenta sin cesar y el partido del orden se debilita, termina por triunfar la anarquía.

## CAPÍTULO VI

### Los progresos del despotismo.

La evolución del colectivismo y del sindicalismo revolucionario hacia un despotismo absoluto es una de las características de la edad moderna. Un periódico de gran circulación citaba el ejemplo siguiente, elegido de entre mil:

Un caso verdaderamente odioso de tiranía sindicalista acaba de realizarse en Cette. Doce obreros se ven, por el sindicato, imposibilitados de trabajar, y por lo tanto de vivir, ya que estos obreros no tienen más que su trabajo. ¿Cuál ha sido su crimen? No haberse dejado embaucar, durante una reciente huelga, con la que no estaban conformes.

En ninguna parte la teoría sindicalista ha causado tantos estragos y producido tantas ruinas como en Cette, una desgraciada ciudad muy debilitada ya por la crisis económica. Los obreros de los docks, con sus pretensiones exorbitantes, con sus incesantes huelgas, han hecho todo lo posible por destruir lo que quedaba aún de vida en nuestro segundo puerto del Mediterráneo. La pobreza y la miseria aumentan; los muelles permanecen vacíos; apenas si de tarde en tarde se presenta un navío en el puerto.

No sólo en Cette ocurren semejantes casos; en todas partes pueden observarse otros iguales. Después de haber constituido una excepción, se con-

vierten en regla. Una tal generalización obedece á causas lejanas. Los acontecimientos políticos y sociales no germinan espontáneamente, sino que tienen raíces profundas y representan siempre la florecencia de fenómenos anteriores.

Los discursos de todos los oradores políticos, del comienzo de la Revolución á nuestros días, proclaman sin cesar el odio al despotismo y el amor á la libertad. La historia de este período demuestra, por el contrario, el horror profundo á la libertad, sobre todo á la del prójimo, y el amor á la tiranía. Todas nuestras batallas políticas han tenido por causa, casi exclusiva, la de qué partido ejercería esta tiranía y qué clases de ciudadanos la soportarían. Poco hemos variado desde Luis XIV: el Estado perseguía entonces á los protestantes y jansenistas, considerándolos como rebeldes; hoy continúa el mismo sistema respecto de aquellos que no piensan como él y les despoja de sus bienes. Nuestros pequeños déspotas no se parecen ciertamente á Luis XIV, pero sienten las mismas necesidades de dominación. Los sindicatos obreros han heredado el espíritu del gran rey.

Todos los partidos están animados en Francia de la misma irreductible intolerancia y de una idéntica tendencia á la tiranía. Lo primero que se enseña al niño es—como escribe con razón Faguet—á detestar una doctrina y odiar á determinadas categorías de ciudadanos, y sabido es con qué rigor un gran número de maestros desarrollan estos sentimientos en las clases populares.

Siendo manifiesta nuestra inclinación al despotismo, invencible nuestra intolerancia y patente una y otra en todas las clases sociales, no queda otro remedio que soportarlo.

Practicado el despotismo, primeramente, por la nobleza y los reyes y, después, por la burguesía, lo es ahora por las clases populares, y á su ejercicio contribuyen, naturalmente, con las violencias características de su mentalidad rudimentaria. Estas violencias no desagradan á los socialistas, puesto que no cesan de adular á sus amos con expresiones que sólo los reyes negros oían hasta ahora de sus esclavos.

Todas las decisiones, elaboradas bajo la influencia de los vapores del alcohol por algunos agitadores reunidos en una taberna, son escuchadas con respeto y obedecidas humildemente.

Estos agitadores y las multitudes que los siguen son terriblemente impulsivos. No es fácil servir á tales amos, aun prosternándose perpetuamente ante ellos. En efecto, las almas sencillas no conocen ni lo injusto, ni lo absurdo, ni lo imposible. Como forman la mayoría, hay que sufrir necesariamente las fantasías del número interpretadas por los esclavos del mismo, y es preciso, y nuestro Parlamento no hace otra cosa, votar las medidas más incoherentes, destrozando las tradiciones, despreciar las necesidades económicas, obrar contra las leyes naturales y no obedecer, en fin, más que á los impulsos y á las impresiones del momento.

Estos impulsos representan las voluntades del sindicalismo y del colectivismo revolucionario. Entre los agitadores más influyentes figura la media docena de jefes de la Confederación del trabajo. Su poder absoluto, por lo mismo que es absoluto, ha conseguido amenguar el de los socialistas.

Esto no obstante, la mentalidad de estos agitadores es singularmente inferior. M. Deschanel, en un discurso, los definió y clasificó acertadamente.

Son á la vez cesarianos, aristócratas y místicos.

Cesarianos, tanto por su desprecio de las instituciones parlamentarias como por el modo arbitrario de votación y la dirección autoritaria de la Confederación; aristócratas, por su desdén hacia el sufragio universal y la democracia; místicos, porque creen en el *cataclismo* del cual surgirá el mundo nuevo. Se precian de no creer en los mitos y viven por un mito, como en las edades primitivas. El milagro ha cambiado de lugar y de forma, pero es siempre el milagro, el golpe mágico que renueva las sociedades cambiando incluso naturaleza humana.

El ideal de estas almas rudimentarias representa una regresión política y social completa á la barbarie de los hombres primitivos, donde dominaba el colectivismo, del cual tanto trabajo costó salir á la humanidad.

Su mentalidad y su finalidad les asemejan mucho á los primeros cristianos. Los profetas judíos fulminaban también sus anatemas contra los ricos y anunciaban el reino de la justicia y de la igualdad. Los padres de la Iglesia declaraban, como San Basilio y San Juan Crisóstomo, que los ricos eran unos ladrones y para San Jerónimo la riqueza era el producto del robo. Era necesario volver á la comunidad de bienes, á la igualdad de las fortunas. Los jefes de la Confederación del trabajo pueden, pues, invocar ilustres predecesores.

La necesidad de la tiranía es un sentimiento de raza que forma parte, en realidad, de nuestra constitución psicológica y se comprueba esto fácilmente comparando, como ya lo he intentado, los efectos de instituciones idénticas en naciones diferentes.

Consideremos, por ejemplo, el sindicalismo, evolución natural del espíritu corporativo, que se desarrolla en todos los pueblos. En Francia se ha convertido en un instrumento de violencia, predicando la revolución, el odio, el antipatriotismo, el antimilitarismo, y constituye un agente de disgregación social que amenaza la existencia de nuestro país. En Inglaterra el sindicalismo es, al contrario, una institución pacífica, muy útil para regular las relaciones entre obreros y patronos y que no excita al odio ni á la rebelión contra nadie.

Este fenómeno impresionó mucho á los obreros de una delegación encargada recientemente de estudiar sobre el terreno la organización del trabajo en Inglaterra. He aquí un extracto de la memoria:

Nos ha llamado mucho la atención el espíritu nacional de nuestros amigos. Todos nos han hablado de sus simpatías por la fraternidad universal, pero nadie expresa sentimientos hostiles, ó á lo menos violentamente hostiles contra su gobierno. En varios casos, especialmente en la Bolsa del trabajo de Manchester, nuestros compañeros sindicados se han preocupado de la salud del rey. Nuestros amigos no parecían tan dispuestos, como nosotros lo estamos siempre, á criticar á su país.

Hemos visto á nuestros compañeros de los sindicatos sentarse á la mesa de los patronos é invitarnos á hacer otro tanto. Parece que las relaciones entre sindicatos obreros y sindicatos patronales revisten formas más diplomáticas que en Francia.

No sé si el siglo presente asistirá, como lo indican ciertos síntomas, al nacimiento de una religión nueva; pero tendría derecho á nuestra admiración si consiguiera inculcarnos el espíritu de tolerancia y el horror al despotismo, sentimientos totalmente ignorados por nuestras mentalidades latinas.

Las consecuencias de la tiranía ejercida por los agitadores de los sindicatos obreros no se advierten sino cuando se manifiestan en forma de huelgas ó insurrecciones, como en Draveil, pero son aún más peligrosas las que no se ven. Por su acción continua y la acumulación de sus efectos, producen una disgregación lenta de la industria y de los servicios públicos, es decir, de los elementos de la vida social.

Temerosos los patronos del sabotaje sistemático, que les arruinaría, y ante el convencimiento de no recibir amparo del Estado, aceptan á ojos cerrados las exigencias de los obreros y toleran la reducción creciente de su producción, diciéndose que, después de todo, son colectivos anónimas, accionistas ó cajas públicas los que soportan las consecuencias de este estado de cosas.

La disminución del trabajo y, por lo tanto, la elevación de la mano de obra aumentan en proporciones enormes, bajo el temor general. Este temor reina en todas partes: en los sectores eléctricos de París, donde, desde la huelga de los electricistas, los directores no se atreven á tomar la más anodina medida sin consultar antes con el temible secretario que decretó aquella huelga; en los arsenales, donde se ha reducido la producción al extremo de costar—según la declaración del ministro de Marina—cinco años para la construcción de un acorazado que Inglaterra hace en dos años, con menor gasto.

Por contagio, la autoridad desaparece universalmente. Convencidos de su impotencia, los jefes se preocupan poco de la cosa pública y sólo piensan en sus intereses particulares. De cuando en cuando ocurre una catástrofe, síntesis de todas estas pequeñas desorganizaciones é indiferencias parciales. No fueron accidentes puramente fortuitos los que cau-

saron en algunos años la desaparición de importantes unidades de nuestra marina, como el *Iéna*, el *Sully*, el *Jean-Bart*, el *Chanzy* y la *Nive*.

Por otra parte, al despotismo popular se añaden otros muchos. La autocracia jacobina de los colectivistas no es menos opresiva y su acción se extiende cada día, en forma de persecuciones religiosas feroces, expropiaciones practicadas en grande escala respecto de una clase numerosa, leyes de una intolerable tiranía contra el comercio y la industria, etc.

Actualmente esa autocracia prepara con el nombre de impuesto sobre la riqueza, la más formidable medida de opresión que Francia ha conocido desde hace varios siglos. Todos los economistas han repetido, y Paul Delombre ha demostrado veinte veces, en magníficos artículos, que este impuesto, tal como se propone, desorganizará completamente nuestra hacienda, sin beneficiar á nadie. Los colectivistas lo saben y se felicitan de ello, puesto que se proponen los dos siguientes objetos: 1.º, perseguir de una manera implacable á los que no pertenezcan á su partido, y 2.º, obtener por una inquisición fiscal continua el inventario de las fortunas, para poderse apoderar de ellas, ya sea progresivamente, ya en conjunto, el día en que sea posible hacerlo por una medida legal idéntica á la que permitió la expropiación de las congregaciones, sin tener que invocar otro derecho que el del más fuerte. Mientras tanto, la ley funcionará como un medio de opresión que autorizará á imponer numerosas gabelas á los enemigos y eximir de todo impuesto á los partidarios. Los colectivistas no piensan que este régimen de inquisición se haría pronto tan odioso, y engendraría tales revoluciones, que su aplicación traería como conse-

cuencia, á pesar de la apatía universal, el fin seguro de la república. Hasta los corderos terminan por sublevarse. Pero la pasión del despotismo es demasiado intensa en las almas que domina para dejarlas el libre juicio.

\* \* \*

Si bien la inclinación á la tiranía y el desprecio de la libertad son universales en Francia, no se puede negar, sin embargo, que existe una minoría escogida de espíritus liberales ilustrados, que no sienten la necesidad de perseguir á clases enteras de ciudadanos porque piensan diferentemente que ellos; pero su número es demasiado pequeño para poder formar un partido influyente. Este partido, lejos de aumentar, disminuye de día en día.

Aquí se plantea una cuestión dificultosa: ¿por qué esta minoría, de por sí tan débil, disminuye constantemente? ¿Á qué se debe que encontremos entre diputados y electores muchos espíritus pacíficos—profesores, médicos, industriales, ingenieros,—que han llegado á defender las doctrinas más subversivas?

¿Por qué, por ejemplo, se reclutan sobre todo entre los universitarios los jefes y los principales apóstoles del colectivismo revolucionario, del antipatriotismo y del antimilitarismo?

Para contestar á estas preguntas no bastaría decir que el buen sentido no acompaña siempre á la instrucción y que los intelectuales no brillan todos por su inteligencia.

Diversas razones han motivado este nuevo estado mental. En primer lugar hay que citar el miedo,

que ha llegado á ser, como hemos visto, el verdadero móvil de los votos parlamentarios.

Un antiguo diputado socialista, M. Fournière, lo ha expresado muy bien en las líneas que siguen:

Desde el más anarquista al más parlamentario de nosotros, todos llevamos una cadena de miedo, el miedo á no ser tan avanzado como el que está delante de nosotros... Sacerdotes de lo social, hemos prometido el paraíso á nuestros fieles: ¿á dónde les hemos conducido?

Aterrorizado el diputado por los clamores de las juntas que dirigen sectarios oscuros, teme no ser bastante avanzado y no adular suficientemente las aspiraciones populares; trata de superarlas, y para ser oído grita más fuerte que todos sus competidores y, á fuerza de repetirlos, acaba por creer en sus propios discursos.

Esta causa no es la única de la mentalidad que trato de explicar. Una de las principales es el antiguo error latino de que las sociedades pueden transformarse por medio de leyes. Como todos los partidos están persuadidos de que es fácil remediar los males con buenos decretos, el diputado se siente impulsado por el deseo de «hacer algo». No comprende las complicaciones formidables de las necesidades sociales, como tampoco comprendían los médicos antiguos la complicación del organismo, y trata el cuerpo social como los antiguos médicos trataban á los enfermos, sangrando y purgando al azar. También ellos se empeñaban en «hacer algo» y tardaron varios siglos en descubrir que más valía no hacer nada, y dejar obrar á las leyes naturales, evitando así el intervenir en mecanismo muy complicado y completamente desconocido.

Ningún razonamiento ha bastado en Francia para disminuir esta convicción de que el Estado lo puede todo con las leyes. Hasta ha llegado á ser una especie de dogma, intangible para una multitud de sectarios. En un luminoso artículo, M. J. Bourdeau analizaba recientemente un libro de un profesor de la Universidad, destinado á justificar la misión providencial del Estado. Según este profesor, el Estado debe encargarse de la felicidad del pueblo, de su salvación terrestre, y ejercer un papel parecido al de la Iglesia en la Edad Media. ¡Qué educadores más terribles ha dado nuestra democracia! ¡Qué funestos son estos pedagogos que viven únicamente de ilusiones, apartados de las realidades que gobiernan el mundo!

La idea de un cesarismo estatista absoluto, en el que pueda permitirse todo, está tan arraigada en la inteligencia de los sectarios socialistas que, según ellos, el Estado no está obligado á respetar ningún compromiso y ningún derecho y no tiene más amo que su voluntad.

Esta prodigiosa mentalidad no había sido observada hasta ahora sino en los reyes negros de África, que, sin embargo, respetan á veces su palabra. Para los socialistas el Estado no está de ningún modo obligado á tenerla en cuenta. El jefe del partido socialista francés no ha vacilado, en una discusión reciente en el Parlamento, en sostener esta tesis, y obtuvo la siguiente respuesta de un ministro, cuya sensatez prevaleció sobre su pasado socialista:

¡Cómo! Cuando hay un contrato entre una Compañía y el Estado y surgen dificultades acerca de su interpretación entre las dos partes, ¿ha de ser una sola de ellas la

que arreglará estas dificultades, interpretando á su gusto el contrato? ¿Es eso posible? ¿Qué sería de la palabra del Estado, y hasta de su mismo crédito, si los compromisos contraídos en nombre del país pudieran ser al día siguiente, ó á los veinte ó treinta años—el tiempo es lo de menos,—negados con esa desenvoltura?

Tales razones debían ser indiscutibles, y el hecho de que haya sido necesario exponerlas prueba hasta qué punto las doctrinas más absurdas han seducido á gran número de espíritus.

\* \* \*

Las observaciones precedentes revelan la mentalidad de los legisladores y la explican algo. ¿De dónde proviene la de los burgueses con tendencias revolucionarias?

Inepta generalmente á la reflexión y al razonamiento, acepta, por afán de imitación, algunas fórmulas que están de moda y gracias á las cuales disimulan la medianía de sus pensamientos. «Ir con el siglo, ser un hombre del progreso», etc. Nunca ha sabido lo que eso significa, y los que le escuchan tampoco.

Por otra parte, el burgués, como el resto de los franceses, es incurablemente estatista, y por eso los burgueses de todos los partidos, clericales, colectivistas, monárquicos, etc., se hallan de acuerdo en pedir al Estado leyes destinadas á rehacer el mundo.

El socialismo que sintetiza esta aspiración general hace, por esta razón, rápidos progresos en la burguesía, aunque sea un retroceso á la barbarie que nos amenaza con un despotismo más duro que los relatados en la historia.

Á las causas que se han dicho de la mentalidad burguesa actual se añade su aparente antipatía por la tradición. Ninguna clase sufre más su yugo y, sin embargo, ninguna la detesta más, sin duda porque de cuando en cuando siente que, á pesar de tantos esfuerzos, es imposible destruir su poder. Se la detesta como el esclavo que detesta al amo que le domina, aunque sabe que es necesario obedecerle.

Por estas diversas causas, hombres relativamente ilustrados han llegado á inclinarse ante los bárbaros demagogos de las iglesias nuevas, con tanto servilismo como los cortesanos asiáticos ante un soberano absoluto.

Alguna vez gente independiente, termina por rebelarse contra tal despotismo. Uno de los antiguos jefes del partido socialista belga, el senador E. Piscard, ha hecho declaraciones en este sentido en una carta que publicaron los periódicos y de la que extractamos los siguientes párrafos:

No abandono al partido obrero, sino al grupo de sectarios que lo dominan, y por los que, por rutina, los hombres de razón se dejan arrastrar. La inevitable puja se impone á los que temen parecer pusilánimes si no hacen tanto ó más que los extravagantes.

Tengo un alma rebelde á la intolerancia. Tenéis entre vosotros, individualidades que practican, en el socialismo, el «Per inde ac cadaver» de Ignacio de Loyola. Me niego á someterme á ello, aunque no fuese más que por ejemplo y por dignidad. Que ese clero busque otros esclavos.

Seguid vuestro destino, cuya fatalidad os arrastra.

Al «clero socialista» no le cuesta mucho trabajo encontrar esclavos. Con la evolución de la menta-

lidad actual es fácil hallar almas dispuestas á sufrir tiranías mucho mayores que las de los antiguos reyes absolutos. La libertad posee todavía defensores teóricos; pero el despotismo seduce á las multitudes y á sus directores.